

A la Luz del Crimen

Unos labios salpicados por la tempestad del amor, tomaron puerto en los míos, mientras lucía ya en mi dedo una prestigiosa alianza, símbolo del futuro de nuestra consolidada relación. Ambos nos abrazábamos con pasión tras ceder paso al desembarco de sus pasajeros, una amalgama de pequeños, largos o húmedos besos, excarcelados de forma emotiva, conducidos hacia la libertad de la pasión por sendas lenguas excitadas frente a un sentimiento mutuo entre dos seres diferentes. De pronto, un haz de luz golpeó violentamente mis adormecidos ojos, arrancándome del sueño en que me hallaba sumida.

Por el resquicio de la puerta de la habitación de invitados, en la que poco antes se distraía mi mente en un reconfortante sueño, un rayo de luz se abalanzó sobre mis ojos para arrebatarnos la fantasía que contemplaban extasiados. Intenté protegerme del reflejo, al que progresivamente me fui adaptando, para concentrar toda mi atención sobre cuanto sucedía al otro lado de la puerta. Afinando mis sentidos, pude oír pequeños gemidos y algún que otro golpe mitigado entre los diferentes tabiques de la casa. Se hizo un silencio ciertamente aterrador. Algo se arrastraba por el suelo. Un portazo estuvo en el límite de hacer saltar mi corazón y nuevamente, volvió a reinar el silencio, un mutismo acompañado de sombras en movimiento más allá de la habitación de invitados, en que yo alentaba mis fantasías.

Decidí levantarme para ver si le sucedía algo a mi anfitriona o tal vez a su anciana madre. Escuché movimiento en el cuarto de baño

pero, cuando atravesé el umbral de su puerta, estaba vacío y con la ventana abierta de par en par. "Tal vez sea el viento", pensé.

Asomada a la ventana del lavabo que daba a un inhóspito y aterrador callejón, una sombra lo hizo, ciertamente nunca mejor dicho, mucho más terrorífico. Alguien arrastraba un cuerpo inerte envuelto en una sábana. Sobrecogida por cuanto estuve presenciando, quedé inmóvil, presa del pánico, así que tuve escasos segundos para recuperarme mientras observaba ajena al peligro que corría. Una mano yerta del cadáver velado por aquella sábana, quedó al descubierto, como si quisiese despedirse de mí; imagen que descargó una fuerte dosis de adrenalina en mis venas estranguladas por el pánico. Fui lo más rápido que las circunstancias me permitieron a despertar a mi amiga. Entré en su habitación para despertarla y ponerla al corriente de cuanto acababa de presenciar. La busqué entre el revoltijo de mantas y sábanas en el que debía estar conciliando el sueño, descanso esta vez eterno, como pronto pudieron percibir mis ojos.

Una cuerda áspera y sin remordimientos le volteaba el cuello ensangrentado por la presión, a la que lo acabaría de someter su asesino, que no andaba demasiado lejos y que con toda seguridad, no tardaría en regresar para deshacerse de esta segunda víctima, una vez libre del otro cuerpo que acababa de arrastrar por el callejón. El cadáver de mi amiga aún estaba caliente, aunque las manos mostraban cierta rigidez arañando el inocente colchón, en un vano intento por defenderse de un inesperado y desconocido agresor. Unas lágrimas cristalizadas yacían en sus ojos moribundos y enormemente dilatados.

Tenía impresas en su rostro las huellas del pánico en una mueca terrorífica.

El eco de una tos vagando en la oscuridad, hizo que me alejase del cuerpo exánime de un gran salto. Necesitaba ocultarme desesperadamente del asesino, que volvía para deshacerse de la segunda víctima. Abandoné la estancia del crimen sin percatarme de que había olvidado apagar la luz de la habitación que hospedaba la estela del delito. Volví a mi aposento saturada de horror y me oculté dentro del armario. Era uno de aquellos con rejillas desde el que podía vigilar el exterior. Intenté estrangular el paso de aire a mis pulmones, para evitar que el asesino pudiese oír mi respiración jadeante de pánico.

Al pie de la puerta, estaba quien era de esperar que acudiría a visitar el resto de la casa, tras apreciar una luminosidad que él tuvo la precaución de extinguir poco antes. El sujeto no se molestó siquiera en dar las luces de la habitación de invitados, quién sabe, quizá para producirme más congoja o ambientar la escena convenientemente. Sin vacilación alguna, acudió directo a las puertas del armario, como si éste le hubiese hecho un guiño a mi perseguidor para indicarle dónde me ocultaba. Allí, separados apenas por una frágil rejilla de madera, pude sentir su aliento amenazante. Como si se tratase de un filme de acción, me abalancé sobre las puertas que saltaron por los aires y derribaron al individuo. Acto seguido en una escena en la que reinaba con toda claridad la penumbra, concentré todas mis fuerzas en un golpe mortal derecho a la entrepierna. Un grito alarmante surcó la escena a gran velocidad, mientras yo, mucho

más rápida todavía, saltaba por la ventana del baño y corría semidesnuda por el callejón camino de una pesadilla en el mismísimo infierno.

Entre vallas, cubos de basura y contenedores, me detuve para vigilar mis espaldas y cerciorarme de que ni un perro siguió mi rastro. Cuando desperté ya había amanecido. No reconocí el lugar, pero seguro que era lejano al punto donde se produjeron los hechos. Descalza y en ropa interior salí de mi refugio. No tenía documentación ni llaves, tampoco un lugar donde ir. Indefensa al destino, sin disponer de nada más que las imágenes de un crimen en mi mente, ocultándome entre los vehículos estacionados de las aceras y evitando a todo viandante, fui a buscar una jefatura. Me resultó un poco trabajoso y no pude evitar algún que otro silbido o unas groserías por parte de individuos en celo, pero lo conseguí.

La recepción en la comisaría no fue mucho mejor hasta que alguien, en vez de decir denuestos con instinto carnal, me abrigó con una manta.

No me salían palabras para informarle de lo sucedido. Entre gimoteos y frágiles lágrimas de impotencia, alcancé someramente a relatar cuanto había presenciado. El agente simulaba tomar notas. Probablemente, a causa de mi enmarañado aspecto, la narración no confería demasiada credibilidad. No obstante dijo que iba a confirmar los datos e investigaría el asunto. Amablemente aceptó a conducirme a mi casa, una urbanización a las afueras de la ciudad, donde pudiera serenar los nervios y acicalarme.

Frente a la puerta, con tanto nerviosismo, no había reparado en que tanto mis llaves como la documentación podían obrar en manos del asesino. Como si de un vulgar caco se tratara, accedí al interior de mi morada por una ventana posterior, con la desinteresada ayuda del agente, que pudo observar mis posaderas desde otro punto de vista, mientras me ayudaba a trepar hasta el pequeño tragaluz del garaje. Como un perro en celo, el guardián de mis nalgas se adentró también en la casa.

Entre tanto yo aderezaba mis atractivos, mi nuevo ángel de la guarda patrullaba por la casa en una inspección rutinaria, para mi seguridad. Nuevamente reunidos en el salón, oí como musitaba para sí que prefería mi anterior aspecto en ropa íntima.

- Bueno en vista de que todo está en orden, no puedo hacer nada más. No dude en llamarme ante cualquier cosa y no salga de la ciudad. Ya le informare.

- ¿Cómo?. ¿Es que no van a darme protección?. Pero...

Como un enterrador finalizado su trabajo, se marchó y no le volví a ver. El desamparo y el miedo descendieron atribuladamente sobre el entorno. Pesaban ya sobre mí la duda y el temor que infunde un extraño cuando acaba de ser descubierto mientras comete una atrocidad. Dudé que el asesino pasase este descuido por alto y tampoco creí que tardara en reaparecer para atar los cabos que pudieran delatarle. La próxima vez sería yo la víctima. Aún respiraba.

Aseguré todas las puertas y ventanas con algún mueble. Cogí un cuchillo de cocina y una botella de ácido, mis únicas armas y me recliné en una habitación superior.

Siguió una noche inagotable, truncada por las pesadillas que turbaban el descanso. Mis ojos volvían a escrutar entre la oscuridad algún movimiento, una sombra, un sonido. Un instante hubo en el que me levanté para encender todas las luces de la casa y buscar un posible asesino oculto al acecho, esperando el momento más terrorífico para librarse de su delator. Miré obsesivamente en los lugares más inverosímiles de la casa. No podía andar lejos. No iba a tardar en aparecer. Estuve permaneciendo alerta, sin adentrarme en el peligroso sueño. Aquella pesadilla sucedería noche tras noche.

Lentamente se dejaron pasar dos días en los que devolverle un poco la extinguida paz a mi ser, cuando el teléfono, estalló en una llamada alarmante y turbadora que succionaría la paz hacia el otro lado de la línea telefónica, escupiendo el terror que resultaba de su digestión. De una voz cavernosa, haciendo uso del eco dentro de la trama de las telecomunicaciones, mientras sentía su aliento susurrando al oído, presa del terror, pude descifrar un tono afónico y amenazante:

-Se quién eres y donde vives. Tenemos un asunto pendiente. ¿Recuerdas?. No hay mas salida que tu entrada en el cementerio.

El pitido final que dio por concluida nuestra conversación, halló morada en mis oídos, regocijándose una y otra vez en su interior hasta hacerme descender, pausadamente, de la nueva escalada del pánico hacia

la cumbre en que reinan las almas errantes con una vida truncada a sus espaldas. De regreso de aquel limbo temporal, con toda la rapidez que me fue posible, marqué el número de la comisaría, pero el aparato había enmudecido, no se oía tono alguno. El miedo comenzó a extender sus devastadoras metástasis por todo mi ser.

Dispuse el coche para arrancar sin las llaves, que obraban en poder del asesino, ponteando el contacto, tal como aprendí en la universidad y me encaminé a con prontitud hacia la jefatura. Un nuevo agente del orden, un tanto arrugado tras años de servicio, según dijo conocedor de los hechos, sugirió ir al lugar del anterior suceso y mostrar el curso de la inspección.

Cual fue mi desconcierto al poder contemplar una casa completamente vacía, sembrada de polvo, signo de una desocupación distante en el tiempo.

- No es posible, hace dos noches estuve aquí con mi compañera y su madre, las dos víctimas.

- Debe haber un error, señorita. Esta casa fue vendida hace seis meses a una inmobiliaria. Sus antiguos propietarios, que coinciden con sus descripciones, como bien ha dicho, una joven divorciada y su madre, decidieron rehacer su vida lejos de aquí. Antes de partir del estado, traspasaron todas sus posesiones, según he podido confirmar. La casa no ha sido alquilada, como puede ver, ni mucho menos ocupada desde hace algún tiempo.

- No es posible. No es posible. ¿Han intentado hablar con su marido?.

- Sí. Pero lamentablemente murió hace dos meses en un accidente de tráfico.

No cabía dentro de mi asombro, todo resultaba tan distinto y extraño. No recordé ninguna mención del accidente en labios de mi amiga. Su anterior consorte, un aprovechado, consiguió una buena cantidad del divorcio. Según creo recordar, abrió un negocio de sistemas informáticos. De haber fallecido, me habría enterado. Tampoco mi amiga pensaba marcharse de la ciudad. Yo la conocía muy bien. A su cargo quedó el bufete de abogados de su padre, junto con otro buen legado que le permitió vivir bien acomodada en la barriada céntrica de la metrópoli.

Ya de regreso a mi casa, intrigada por la creciente situación, un hombre estaba forzando la cerradura sin inmutarse frente mi presencia.

- Buenos días, señorita. Como me pidió, he cambiado todas las cerraduras de la casa. Aquí tiene sus nuevas llaves y procure no perderlas.

- Perdone, no recuerdo haberle llamado a usted.

- ¡Ah!, lo siento, mi compañero se ha casado y está de viaje. No se preocupe, todo esta bien y ya le pasaré la factura.

- Bueno, gracias. Disculpe mi desconfianza pero es que...

- Tranquila, no se preocupe, como no había nadie... Ya me marchó. ¡Tengo otros trabajos que hacer, señorita!.

- ¡Señora! -mentí mientras se alejaba-.

Refugiada tras una reciente cerradura, me asaltaron nuevas dudas al ver un cajón abierto en la cómoda de la habitación. Se acrecentaba

la desconfianza en el marco de la gente que había conocido en los últimos días. Todo el mundo era sospechoso. Estaban tanteando mis puntos débiles. Nerviosamente, volví a registrar una casa habitada por el miedo. La vivienda estaba en aparente orden y fui a prepararme algo para reponer fuerzas, cuando de repente, rebose en náuseas frente al frigorífico, que exhibía fríamente un dedo emancipado de la mano de su propietario. Acto seguido, la cerradura dificultó mi huida, quizá los nervios me traicionaron, pero conseguí vencer al cerrojo y volví a una comisaria, en la que parecían hartarse de mi presencia. Tras detallar el macabro hallazgo, amablemente acompañado de otro ayudante menos achacoso, ambos me condujeron hacia la salida.

- Cállese señorita. He enviado unos agentes a su casa, mientras tanto, este compañero cuidará de usted en un piso para protección de testigos. Allí estará a salvo. No se preocupe.

Escoltada por otro desconocido, que se sumó a mi lista de sospechas, llegamos a un lúgubre y poco acogedor edificio en el extremo opuesto de la ciudad, cuyo apartamento asignado para mi protección, era todavía más frío que su fachada. El agente, acostumbrado a situaciones semejantes, se acomodó en el único sillón que existía dejando a la vista su arma enfundada, quizá para infundirme una remota sensación de seguridad, o quién sabe si aquel artefacto le hacía sentirse más hombre, lo cierto es que le sirvió de poco. Yo, en cambio, me acomodé en el camastro de una habitación contigua, que rebosaba de mugre, para serenar mi espíritu.

Alguien llamó a la puerta aporreándola con violencia, golpes que modificaron bruscamente mi sosegada posición horizontal, para llevarme a quedar agazapada bajo la cama, permaneciendo alerta sobre cómo se desarrollaba la nueva y latente situación. La voz del comisario me hizo salir del cubil y tratar de sonsacarle toda su información con detalle.

- Lo siento mucho, pero del dedo no hemos hallado ni rastro. Tampoco hemos encontrado huella alguna. En cuanto al cerrajero, lo han interrogado y admitió fisgonear en el cajón de su ropa interior. Lamento decirle que de no encontrar pruebas este asunto, no va a durar demasiado. Hacemos lo que podemos.

- ¡No puede ser, estaba allí, en mi nevera!. ¡Esta situación va a acabar conmigo!. Sea lo que sea cuanto se propone el asesino, lo va a conseguir.

- Bueno no tengo más que decir, debo marcharme. Mi mujer me espera para cenar. ¡Ah!, lo había olvidado. Les he traído algo para comer.

La monotonía que iba consumiendo el resto de la jornada, se hizo un tanto más llevadera con la cena, que aún no habíamos acabado de degustar, cuando nuevamente volvieron a llamar a la puerta, esta vez con menos violencia.

- Espera a alguien- interrogó el agente que me custodiaba desenfundando su arma y, encaminándose hacia la puerta, tuvo el tiempo justo para indicarme la salida por la escalera de incendios, antes de caer tendido en el suelo con un disparo que atravesó la puerta en el

momento en que se disponía a abrirla. Mientras aquel desalmado forcejeaba la puerta, pude escapar y subirme a la azotea para vigilar mejor sus movimientos, pero ni siquiera se dignó a perseguirme, tal vez únicamente buscaba saciar su venganza por alguna reyerta anterior con el agente. Pocos minutos después, una sombra corría por la calle cloqueando como una gallinácea paranoica.

Una vez más, estaba perdida en medio de la noche. Busqué en mi interior el instinto animal de la supervivencia y me atreví a regresar al apartamento. Ver rostros de muerte se había convertido en una cosa habitual en los últimos días: allí estaba el funcionario, nadando en un charco de sangre oscura como el entresijo de la trama. Sin pensarlo dos veces, mis ojos atraparon con su mirada el objeto metálico que empuñaba su mano rígida por la tensión de los músculos en el momento de su muerte, y que aún mantenía la calidez de una vida recientemente extinta. Tomé de su cartera algo conque poder sobrevivir en el medio urbano y emprendí una nueva huida.

Las calles obturadas de neones y fluorescentes emprendían una feroz escaramuza con la noche, que una vez más les iba a vencer, repitiéndose noche tras noche el mismo resultado. Con un arma en el bolso y algunos billetes obtenidos en insólitas y poco aceptables circunstancias, me aventuré en una huronera oscura con luces parpadeantes en la que pasar inadvertida entre el bullicio de la gente o hacer llevaderas las horas de sueño. Quizá sentir cierta seguridad, rodeada de gentes que, sin preocuparse por el nuevo día, consumían las

últimas horas dejando atrás los quehaceres, rutinas o tensiones laborales.

Muerta mi amiga, muerto quien me ofreció protección y sin nadie a quien recurrir, dejé sucederse las horas esperando el olvido. Quise pensar en alguna solución por descabellada que fuese, pero mi mente no era capaz. Inesperadamente, alguien que estaba sedando sus tensiones en el alcohol desde hacía rato, con toda probabilidad antes que yo, se deslizó hacia mí y...

- ¡Hola!. ¿Me recuerdas?. Te he visto hace rato al entrar, así que he decidido acercarme a saludarte.

Allí postraba ante mí un muerto viviente, un rostro conocido que activado con el asombro que reverberaba de mis ojos, sacó un arma de su bolsillo, me obligó a enmudecer y salir del local con disimulo.

- Es toda una casualidad que la víctima acuda a visitar a su perseguidor. ¿Verdad?.

- ¡Lo siento!. Debe haber un error. ¡Perdone pero no le he visto antes! -repuse yo víctima del pánico.

- Seguro, seguro -y, dándome un bandazo mientras me sujetaba por una extremidad, hizo que me fijase en su rostro con mayor detalle.

- No es posible me dijeron que estabas muerto.

- Admito que me resultó difícil de llevar mi separación con una atractiva mujer, pero nunca estuve dispuesto a que me dejase en la nada. Ella tenía una suculenta e irresistible fortuna que no sabía disfrutar, así que he decidido cobrarme lo que me correspondía, y no estoy dispuesto a que se descubra nada de esto. He invertido mucho

dinero reconstruyendo mi nueva identidad. Ahora soy un hombre rico. Bueno acabemos de una vez con todo esto. Es una lástima destruir tanta belleza. Quizá todavía puedas alegrarme la noche.

En el callejón, un arma encañonaba mi sien y yo permanecía cristalizada de pánico, a espaldas de quien era capaz de decidir el destino que me aguardaba y arrancarme de un plumazo de la superficie de la tierra; hacerme besar el suelo tras recibir un impacto de bala que pondría fin a mis desdichas.

- Acaba ya con esta pesadilla. Debes ser muy valiente amenazándome por la espalda con una pistola. Seguro que la tienes morcillera, mirando cabizbaja dos garbanzos inservibles y con la rigidez del arma, eres capaz de proporcionarme placer.

Desconcertado ya, un tanto nervioso ante mi valentía, me propinó un empujón. Entre tantos movimientos bruscos, pude sacar el arma del bolso para descargarla violentamente sobre su cuerpo. Allí volvía a quedar otro cuerpo más, atravesado por el producto de la ira acrecentada en mis entrañas durante los últimos días y, mientras por su boca expiraba su último aliento, sonaron aquellas palabras de despedida entre una leve carcajada.

- He borrado cualquier pista y después de cuanto ha sucedido, ¿quién te va a creer?.

Escupiendo borbotones de sangre se marchó a rendir cuentas ante el juez supremo.

Las autoridades no tardaron más de diez minutos en acudir al lugar de la reciente disputa. Junto al cadáver de quien quiso

extinguir la luz de mis ojos, estaba yo, sumida en el llanto, cargada de sospechas. Mi versión resultó difícil de creer.

Mañana me espera un tribunal que decidirá mi estado mental.

Daniel Balaguer
<http://www.danielbalaguer.es>
<https://sites.google.com/site/danielbalaguer>